

ficacion misma de la palabra, en *escojer ó elegir* entre las verdades reveladas las que mas contentan á la razon, desechando las otras ó como inútiles, ó como dudosas, ó como errores ciertos. Pero luego que se rehusa escuchar á la Iglesia sobre un punto, ya no hay razon, ni motivos para oirla ó escucharla sobre ninguno. Su autoridad es indivisible como su testimonio; el que le recusa en parte, le recusa todo entero. Esto ó aquello que se dice creer, nada importa, nada vale: desde el momento en que se desecha una verdad, la fé se apaga, no hay verdadera fé; porque en lugar de someter su juicio á la ley de la verdad, somete la verdad á su propio juicio. Por lo mismo trastorna todas las relaciones de la sociedad espiritual; se hace de la razon que debe obedecer, la autoridad que debe mandar; se trabaja por sustituir la certidumbre de la evidencia á la certidumbre del testimonio; y trasformando por este medio la Religion en una pura opinion, se destruye el fundamento de las mismas verdades que se conservan, lo que hizo decir á un apóstol: *el que viola un solo punto de la ley, quebranta toda la ley*¹; principio verdadero, ya se aplique á las costumbres, ó á la doctrina.

La *herejia*, pues, trastorna toda la economía de la mediacion. El hereje negándose á creer por el testimonio de los enviados de Jesucristo, niega su autoridad, y su mision. Se erige en juez árbitro del medio que el Mediador ha debido escoger para hablarle, y por una consecuencia inevitable se constituye juez de su palabra. Sobreponiéndose á la Iglesia, se sobrepone igualmente sobre su cabeza y sobre el Hombre Dios. Y como realmente todo cuanto sabe de él, no lo ha podido aprender sino de la Iglesia, por su tradicion y sus monumentos escritos; de ahí es, que dejando de creer á la Iglesia, en breve, si es consiguiente, llega á no creer al Mediador mismo, á negar su autoridad, su mision, su existencia; y es el *segundo sistema* general de error, ó el deísmo.

El deísta, así como el hereje, desechando la intermediacion del cuerpo de pastores, que forma la Iglesia

¹ Quicumque autem totam legem servaverit, offendet autem in uno, factus est omnium reus, *Ep. B. Jacch. xi, 10.*

docente, quiere establecerse en relacion inmediata con el Mediador; así él, desechando la intermediacion del Verbo encarnado, quiere establecerse en inmediata relacion con Dios: tal es el caracter esencial de su doctrina. Niega el testimonio del Mediador por quien únicamente conocemos á Dios, así como el hereje niega el testimonio de la Iglesia, por la cual sola conocemos al Mediador. De este modo el desórden va creciendo en el pensamiento del hombre, y esta imágen infiel de la divinidad, dejando de reflejar sus perfecciones, se desfigura mas y mas porque pretender conocer á Dios por otro medio que por su Verbo, es querer conocerle como él mismo no se conoce; es querer, separándole de su sabiduria sustancial, mutilar su esencia, y trasladar á él nuestra tenebrosa razon para aclarar y ver los restos de su Sér. Así es como desde entonces todo se nos convierte en una duda inmensa. Lo vemos rodeado de misterios tan impenetrables, que ni sabemos lo que es, ni aun si existe. « No es poco, dice Rousseau, llegar en fin á conocer que » le hay (Dios); mas cuando hemos llegando á este punto, cuando nos preguntamos ¿cuál es? ¿dónde está? » nuestro espíritu se confunde, se extravía, y ya no sabemos qué pensar¹ »

Mas para que se comprenda mejor cuán insensata es la pretension de quererse unir á Dios, y conocerle por la pura razon², obsérvese que nosotros no conocemos así á ningun sér espiritual. ¿Cómo nos aseguramos de la existencia del alma en los otros hombres, sino por la comunicacion de los pensamientos? ¿y el pensamiento de los otros no nos seria enteramente desconocido, si no nos lo manifestase por la palabra? Sin esta manifestacion ó relacion, nuestra alma eternamente solitaria, viviria en una ignorancia absoluta de los seres que la son semejantes. Ahora pues, si es necesario que el hombre hable al hombre para ser de él conocido, ¿cómo conoceria el hombre á Dios, si Dios no le hablase? Buscando vanamente al Sér infinito en su razon, incapaz de formar por

¹ *Emile*, t. II, p. 344.

² Véase la nota 3 de la pág. 187, para excusar repetirnos aqui.

si sola esta idea inmensa, el deísta acaba por negar á Dios, á quien no comprende: y hé aquí ya el *tercer sistema* general de error, ó el *ateísmo*,

Hasta aquí el hombre conservaba algunos, aunque débiles ragos, de semejanza con su autor: el *ateísmo* acaba de borrarlos. Todos los fundamentos de la certidumbre conmovidos á la vez, todos se desploman, y hunden. Una noche profunda cubre el entendimiento; la razón, titubeando entre las tinieblas, no sabe á qué atenerse, y se sepulta en el escepticismo absoluto. Perdiendo á Dios, pierde el hombre todas las verdades. Tal es el último término del desórden en el Sér inteligente.

Temblemos á la vista de este desórden, mas horroroso en verdad que podria serlo el caos de la naturaleza, si apagándose el astro del día, se hallase repentinamente sepultada en una oscuridad impenetrable.

¿Quién podrá concebir la desgracia de una criatura sin Religión y sin Dios? pero sobre todo, ¿quién formará una verdadera idea de su crimen? Sectarios, deístas, ateos, no digais; ¿cómo, ó por qué hemos de ser culpables en engañarnos, buscando sinceramente la verdad? por que esto mismo es acusar á Dios, y suponer en él voluntades contradictorias; á saber: que mandando al hombre creer la verdad, le niega los medios de conocerla. Ni la ignorancia, ni el error son un crimen en sí, porque aquella y este pueden ser involuntarios. Ninguno pues es culpable precisamente, porque ignora, ó porque se engaña; y aun por esto mismo, porque el hombre ignora naturalmente, y se engaña con una facilidad tan lastimosa, no ha querido Dios hacer depender de su razón, sino de su voluntad, el conocimiento de las cosas necesarias. El lo ha concertado y dispuesto todo de manera, que en todos los tiempos le fuesen atestiguadas por un testimonio de una autoridad infinita. Por tanto su voluntad, desechándolas, se hace culpable, y sin excusa alguna de un crimen infinito, cuyo principio es un orgullo sin límites.

Calvino, dinos: ¿con qué fundamento niegas la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, que la Iglesia toda cree y atestigua? — Fundado en mi razón, que no puede comprender este misterio. — Luego el testimonio

de los apóstoles, y de sus sucesores, con quienes Jesucristo ha prometido *estar todos los días hasta la consumacion de los siglos*, deberá ceder á tu razón individual; y será necesario que la Iglesia, aquella Iglesia á la cual San Pablo llama *fundamento de la verdad*¹, haya mentido, porque tú no comprendes.

Rousseau, ¿con qué fundamento, di, niegas la revelacion y el Mediador? tú que dijiste que « los hechos de » Sócrates, en los que nadie pone duda, están menos » atestiguados que los de Jesucristo². » — Fundado en mi razón, que no puede comprender la necesidad de la revelacion, ni los dogmas revelados por el Mediador³. — ¡Segun eso, el testimonio de tantos millones de cristianos, que han creído con pruebas de hecho, el testimonio mismo *del Hijo de María, cuya vida y muerte son de un Dios*⁴, debería ceder á tu razón individual; y será necesario que Jesucristo, el Verbo encarnado haya mentido⁵, porque tú no comprendes!

Diderot, ¿con qué fundamento niegas la existencia de Dios, comprobada por la tradicion universal del género humano? — Fundado en mi razón, que no puede comprender á Dios: — ¡Segun eso el testimonio unánime de los pueblos, que atestigua de siglo en siglo un hecho revelado anteriormente, deberá ceder á tu razón individual; y será necesario que todo el género humano, y el mismo Dios hayan mentido, porque tú no comprendes!

El orgullo, sí, un orgullo desmedido, que por nada se amedrenta, es el pecado, el delito, el crimen del ateo, del deísta y del hereje. Todos tres, implícitamente al menos, niegan el testimonio de Dios, se declaran mas grandes y mas perfectos que él, erigiéndose en jueces de su palabra: verdadera idolatría de la razón humana, cuya última declaracion y confesion pública hemos visto en el culto de la Diosa Razon⁶.

¹ Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis. *Ep. I ad Timoth.* III, 15. — ² *Émile*, t. III, p. 182.

³ *Émile*, p. 183. — ⁴ *Ibid.*: t. III, p. 182.

⁵ Qui credit in Filium Dei, habet testimonium Dei in se. Qui non credit Filio, mendacem facit eum: quia non credit in testimonium quod testificatus est Deus de Filio suo. *Ep. I Joan.* v, 10.

⁶ Véase la nota de la pág. 153.

En desconociendo la regla que dirige, es indispensable llegar hasta este extremo; no hay cosa que detenga: el principio arrastra hasta allí, y cuanto mas vigor y rectitud¹ hay en el espíritu, tanto mas se pierde y extravía. Una de las maravillas del Cristianismo es el que no solo nos ofrece la verdad, sino que nos asegura su posesion, y la defiende en el hombre contra el hombre mismo. Esto solo bastaria para probar la divinidad de la Religion cristiana; porque el hombre no tiene en sí medio alguno de resistirse á sí mismo, pues lo que remedia la flaqueza de la naturaleza es evidentemente superior á ella.

Pero Dios no se ha acercado al hombre por medios y caminos tan admirables, para dejarle luego en la libertad libre de separarse y alejarse de él. Si sus dones son sin arrepentimiento, es porque admitidos ó despreciados, sabe sacar siempre de ellos su gloria, ó bien sea coronándolos con el último don, que es el de la bienaventuranza eterna, ó sea arrojando de sí á los que los han desechado y despreciado. La recompensa de haber amado aquí abajo la luz, será el poseerla eternamente en su misma fuente: *in lumine tuo videbimus lumen*². Mas á los que la aborrecen, y se complacen en las tinieblas de su entendimiento ó inteligencia, ¡oh Dios mio! ¿qué les reservais, sino aquellas tenieblas horrosas, de las cuales está escrito que *allí habrá llanto y rechinar de dientes*³?

En segundo lugar, la Religion ordena los afectos del hombre, arreglando su voluntad del mismo modo que su entendimiento, su amor como su inteligencia, enseñándole á proporcionarle al grado de perfeccion de los seres; y de este modo viniendo á ser bajo un nuevo respecto imagen de Dios, acaba de formar en sí aquella maravillosa semejanza, para la cual resolvió criarle el Todopoderoso.

1 No moral, sino lógica, porque deduciendo consecuencias é ilaciones de una en otra, se precipita en este abismo. No hay duda, cuando un caminante se ha apartado del camino, cuanto mas veloz anda mas se extravía.

2 *Psalm. xxxv, 10.*

3 *Ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus et stridor dentium. Matth. viii, 12; et ibid. xxii, 13.*

Aquí tambien el Cristianismo se eleva sobre las doctrinas humanas tanto, cuanto la Sabiduría divina es superior á la nuestra. En efecto; qué grandeza, qué profundidad no se encuentra en aquel precepto al parecer tan simple y tan sencillo: « Amarás al señor tu Dios de todo tu corazón, » con toda tu alma y con todas tus fuerzas: este es el primero, y el máximo y principal mandamiento. El segundo le es semejante á él: amarás á tu prójimo como á tí mismo¹. » El hombre semejante á Dios, debe ser amado con un amor semejante al que debemos á Dios, pero no igual: debe entre estos dos amores reinar la misma distancia que hay entre una imagen y su prototipo. Con una palabra sola nos lo enseñó Jesucristo, recordándonos nuestro origen, cuya grandeza es el título mismo de nuestra dependencia: « En estos dos preceptos se encierran la ley » y los Profetas²; » es decir, que abrazan á un tiempo la sociedad presente, y la sociedad eterna, cuya puerta ó entrada vino á abrirnos el Mediador anunciado por los Profetas.

Dios como infinitamente perfecto, ó soberanamente amable, se ama a sí mismo con un amor infinito; esta es la ley del orden que debe regir al hombre, como dirige al mismo Dios. Todo amor infinito y limitado es indigno de él. Es el bien por excelencia, el bien sumo, el único bien, y por consiguiente el fin único adonde deben dirigirse todos nuestros afectos y deseos. Debemos amarle sobre todas las cosas, mas que á todas ellas, y mas que á nosotros mismos; ya por causa de nuestra imperfeccion, y ya tambien porque no siendo nosotros nuestro bien para nosotros mismos, el amor bien entendido de nosotros debe dirigirse hácia Dios, y fijarse allí por nuestro propio interés. Es necesario que nos amemos en él como él se ama en nosotros; que nada amemos sino por él, y que le amemos como él mismo se ama. ¡Insonda-

1 *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota animá tuá, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tuá. Luc. x, 27. — Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum sicut te ipsum. Matth. xxii, 38, 39.*

2 *In his duobus mandatis univarsa lex pendet, et Prophete. Matth. xxii, 40.*

ble misterio! porque ¿dónde hallará el hombre flaco y miserable el amor infinito que debe á Dios? ¿cómo satisfará esta deuda inmensa? La naturaleza desfallecida conoce su impotencia. Sin embargo; oh hombre! alientate: *lo que te es imposible á ti, es fácil á Dios*¹. ¿No te hallabas naturalmente en igual impotencia de conocerle²? El te ha enviado á su Hijo, y tú le conoces plenamente por la fé. Este Hijo divino, unido á su Padre, te enviará al Espíritu que los une, para remediar tu flaqueza³; y así como tú conoces á Dios por su Verbo, le amarás por su amor. Uniéndose á ti este Amor sustancial⁴, divinizará tu amor, le revestirá del carácter de infinito, que es solo el que puede hacerle digno de Dios. De este modo entrarás en la sociedad inmortal *de los verdaderos adoradores, que adoran al Padre en espíritu y en verdad*⁵; es decir, por su Verbo, que es la verdad⁶, y por su Espíritu, que es amor; porque *la verdad ha sido efectuada por Jesús*⁷, y *el amor de Dios se ha difundido en nuestros corazones por su Espíritu que se nos ha dado*⁸.

El segundo mandamiento es semejante al primero: *Amarás á tu prójimo como á ti mismo*. Siendo todos los hombres iguales por naturaleza, ó igualmente perfectos tienen derecho á un amor igual. La preferencia que cualquiera de ellos se tomase sobre los otros, no estando

1 Quæ impossibilia sunt apud homines, possibilia sunt apud Deum. *Luc.* xviii, 27.

2 Entiéndase siempre en el mismo sentido en que hemos dado á entender en las notas anteriores. Suponemos que el autor habla de un Dios sobrenatural, como se ve por el conocimiento de la Trinidad que inmediatamente expresa, y que solo por la fe sabemos; pues aunque las criaturas nos lleven al conocimiento de un Dios Criador, como el reloj nos lleva al conocimiento de un relojero que lo formó, pero no al conocimiento de un Dios Trino y Uno, que es el primero de los misterios.

3 Spiritus adjuvat infirmitatem nostram. *Ep. ad Rom.* viii, 26.

4 Por su gracia y dones.

5 Venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate. *Joan.* iv, 23.

6 Christus est veritas. *Ep. I Joan.* v, 6.

7 Gratia et veritas per Jesum Christum facta est. *Joan.* i, 17.

8 Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis. *Ep. ad Rom.* v, 5.

fundada en ninguna superioridad de naturaleza, sería una violacion del orden. Y hé aquí el principio de aquel sentimiento sublime que se llama *humanidad*, sentimiento nacido del Cristianismo, y que extiende á todo el género humano el amor que cada hombre se tiene así.

No quiere decir esto que la Religion destruya los afectos de familia, ni el noble amor de la patria; al contrario, convierte en obligacion esta inclinacion natural, la fortalece y corrobora arreglándola, é impide que degeneren en pasion exclusiva, azarosa é infausta, subordinándola á esta gran ley general; á saber, la preferencia de todos á algunos, de la patria á la familia, de el género humano á la patria, de la sociedad eterna á la sociedad presente ó temporal.

« El orden, dice Bossuet, será perfecto, si el hombre » ama á Dios mas que á sí mismo, á sí mismo por Dios, » al prójimo no por sí mismo, sino como á sí mismo » por Dios. En esto está toda la virtud¹. »

El amor sin regla es *egoismo*, esto es, una preferencia absoluta de sí á sus semejantes y á Dios. El amor arreglado únicamente por las leyes de la sociedad presente, es *humanidad*, ó amor igual de todos los hombres, á causa de la igualdad de la naturaleza. El amor arreglado por las leyes de la sociedad eterna, es *caridad*; sentimiento enteramente divino, pues que no es otra cosa que el amor mismo de Dios al hombre.

Ahora bien, *Dios ha amado al hombre hasta el extremo de darle su Hijo único, para adquirirle la vida eterna*². El hombre pues debe amar al hombre hasta sacrificarlo todo, y aun la misma vida, para procurarle esta vida inmortal.

Y como ella no es otra cosa que la posesion de Dios, ó del sumo bien, el hombre nada debe amar, ni amarse á sí mismo, sino el orden, y con respecto á este último fin. Todo cuanto le aparta de él, es un mal, y debe aborrecerlo; lo que no tiene relacion sino á una existencia

1 *Médit. sur l'Evangile*, t. I, p. 475, in-12.

2 Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret: ut omnis, qui credit in eum, non pereat, sed habeat vitam æternam. *Joan.* iii, 16.

pasajera y transitoria, no es un bien verdadero, y el orden siempre inflexible le prohíbe fijar en él su corazón. El tiempo es corto, dice el Apóstol; y la naturaleza nos lo repite todos los días; y todos los días la muerte, con mano de hierro, graba sobre millares de féretros esta grande lección: « El tiempo es corto, el tiempo es breve; los que tienen mujeres, vivan como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se regocijan, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como si no usasen; porque pasa la figura de este mundo¹. » † Infeliz de aquel que viciase su amor, y lo dejase extraviar y encenagarse en este mundo que pasa! porque, cuando dentro de poco se haya pasado, ¿qué quedará á esta miserable alma sino un vacío infinito, y en una separación eterna de Dios, la imposibilidad eterna de amarle?

El mismo principio que introduce el desorden en nuestro entendimiento, desarregla también nuestra voluntad. El orgullo ó desconcierto de la razón, por el cual nos queremos sobreponer y hacer superiores á todo, produce la concupiscencia, ó el desarreglo del amor, por el cual nos amamos á nosotros mismos mas que á todas las cosas; primero, mas que á nuestros prójimos, y luego mas que á Dios. † Exceso extraño! Pero ello es así. El hombre llega á tributarse un culto exclusivo de amor, y un culto no menos exclusivo de admiración: enamorado de su propia excelencia, se ama sin regla y sin medida; y al punto, juzgando de los bienes y de los males con respecto á su naturaleza corrompida, llama *bien* á todo lo que lisonjea su orgullo y sus sentidos, y *mal* á todo lo que los lastima y ofende. La gloria, las riquezas, los deleites, aun los mas vergonzosos, hé aquí lo que esta criatura inmortal buscará como su fin; y con los ojos fijos sobre un vil metal, y el oído ansiosamente

¹ Tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint: et qui flet, tanquam non flentes: et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui emunt, tanquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur: præterit enim figura hujus mundi. *Ep. 1 ad Corinth. vii, 29, 31.*

atento á un vano rumor de reputación, decidirá interiormente que hay mas perfección, ó *bien* real y efectivo en este rumor que le embriaga, ó en aquella pieza de oro que codicia, que en el Criador del mundo, fuente eterna y perenne de todo bien; Y qué! ¿Dios podría ser insensible á tal ultraje? Aquel, á quien el orden obliga á querer ser amado como él se ama, ¿aceptará los derechos de amor que las pasiones saciadas le abandonan con desden, ó la indiferencia ó el odio. No: sería alucinarse demasiado. El que desprecia al soberano bien, no debe prometerse sino el sumo, el último mal. No hay gracia ni perdón para este crimen que los encierra todos. *Al que habla contra el Hijo del hombre, puede perdonársele su culpa*, porque puede volver todavía á la verdad por el amor; *pero al que habla contra el Espíritu Santo*; al que se endurece obstinadamente contra el mismo amor, este no tiene remedio, ni esperanza²; porque ¿quién podrá hacerle volver en sí, habiendo resistido juntamente á la luz de la verdad y á las inspiraciones del amor? Dios mismo nada mas puede hacer por él; ha agotado el poder y la misericordia del sér infinito; y su pecado, como que envuelve en sí una oposición total de la voluntad al orden, *no le será perdonado, ni en este siglo ni en el futuro*².

Finalmente, la Religión ordena las acciones del hombre, y por eso prescribe ciertos deberes y obligaciones exteriores, y prohíbe los actos contrarios. Ahora bien: el hombre está en relación con sus semejantes y con Dios. El orden, en las acciones que dicen relación á Dios, se llama *culto*; y en las que dicen relación á nuestros semejantes, se llama *morat* ó *virtud*.

Las acciones son determinadas por el amor, y este por el conocimiento del bien ó de la verdad. Hé aquí la razón porque la moral y el culto toman entre los sectarios un

¹ Se entiende habla al autor de la *impenitencia final*, que es consecuencia necesaria de la dureza del corazón en el orden regular. Solo un milagro de la gracia puede evitarla. En el mismo sentido se entienden las siguientes palabras de que no le será *perdonado ni en este siglo ni en el futuro*.

² Quicumque dixerit verbum contra Filium hominis remittetur ei, qui autem dixerit contra Spiritum Sanctum, non remittetur ei, neque in hoc sæculo, neque in futuro. *Matth. xii, 32.*

carácter vago como su fe y creencia, y propenden como ella á su destruccion : á los ojos del deista uno y otro (culto y moral) son indiferentes, pues no sabiendo lo que cree, permite no creer nada, y por consiguiente no amar cosa alguna; y á los del ateo, que no cree mas que en sí mismo, ni ama á nadie sino á sí, se convierten en la moral horrorosa del interés personal, y en el culto monstruoso del orgullo y de la voluptuosidad.

El hombre, como compuesto de dos sustancias, debe á Dios el homenaje entero de su sér; ó hablando con el lenguaje profundamente filosófico del *Catecismo*, debe conocer á Dios, amarle y servirle; conocerle con su entendimiento, amarle con su voluntad, y servirle con sus sentidos. La necesidad pues de un culto exterior se deriva de la naturaleza del hombre, sér inteligente y físico. Un culto puramente espiritual es el culto de los puros espíritus; es el culto de los ángeles, pero no el del hombre, que por un efecto de la union íntima del alma con el cuerpo, no puede entrar en sociedad sea con Dios, sea con sus semejantes, sino por medio de los órganos de sus sentidos. — « El culto que Dios pide, dicen¹, es el del corazón. » ¿Quién quita ya decir del mismo modo : « que las virtudes que Dios exige son las del corazón; » y de aquí concluir que amando interiormente al prójimo, se cumple toda justicia? ¿Qué miseria! ¿qué compasión! como si el amor no se manifestase necesariamente con actos externos. El que de veras ama al hombre, le sirve; y del mismo modo, el que ama á Dios, sirve á Dios. El culto, lo mismo que la virtud, consiste en obras y acciones; y así como cada uno debe concurrir con su acción ú obrar en las sociedades políticas á la conservacion del orden, de donde resulta la felicidad del hombre, así tambien en la sociedad religiosa debe concurrir por su acción á la conservacion del orden, de que resulta la gloria de Dios : y á la manera que el *culto exterior* es una relacion que dimana y procede de la naturaleza del hombre, el *culto público* es una relación que procede y dimana de la naturaleza de la sociedad.

¹ Rousseau (*Emile*, t. III, p. 134), y tambien los jansenistas, disimulando así su odio á las prácticas exteriores.

Sin embargo, la ignorancia dejará entrever una sonrisa de desprecio á solo el nombre de culto, sin advertir que este conserva la fe, y alimenta la caridad. Ella no descubre mas que prácticas molestas y pueriles, y ceremonias extravagantes en esta sublime manifestacion de la fe. Filósofo, riéte cuanto quieras de nuestras *genuflexiones*, y de nuestras *ceremonias*¹; pero despues de haber reido, dínos : ¿qué hubiera sido del género humano, si no se hubiera arrodillado delante de la Cruz? Compara con tu culto interior, que consiste en *ejercitarse en contemplaciones sublimes*², el culto cristiano, que consiste en ejercitarse en sublimes sacrificios; cuenta las virtudes que han producido tus coloquios solitarios con el Eterno³, y las que produce todos los dias una sola mirada echada sobre la imagen de su Hijo,

Mas la Religion nos manda elevar nuestro espíritu á consideraciones aun mas sublimes. No basta admirar esta maravillosa unidad de plan, esa íntima correspondencia que enlaza los dogmas y el culto tan estrechamente como el alma humana está unida con el cuerpo : de manera que habiéndosenos comunicado la verdad por un medio exterior, ó por la palabra, la gracia, ó la caridad, se nos dé y comunique tambien por medios exteriores, ó por los Sacramentos : es preciso además concebir que el Culto, en su conjunto magnífico, no es mas que la realizacion exterior de la verdad infinita y del amor infinito, el mutuo don, el sacrificio efectivo de Dios al hombre, y del hombre á Dios, ó la consumacion y complemento de su sociedad. Y en efecto, yo veo sobre nuestros altares á la Verdad infinita realmente presente en la persona del Verbo Encarnado, aunque oculta bajo las apariencias ó especie de pan, símbolo de la vida que nos comunica, así como el mismo Verbo estaba oculto bajo el velo de la naturaleza humana : veo á este Verbo hecho carne, dándose al hombre á quien redimió con su sangre, y alimentándole al mismo tiempo con su cuerpo inmolido por él, con su verdad, con su amor, con su divinidad toda entera, para divinizarle á él mismo, y prepararle á una union, mas real no, pero sí mas íntima,

¹ *Emile*, p. 135. — ² *Ibid.* t. III, p. 126. — ³ *Ibid.*

mas deliciosa, y mas durable. Así el amor infinito de Dios se manifiesta por una accion infinita, y la Religion sin este misterio, me seria mas incomprendible que lo es el misterio mismo.

Por su parte el hombre asociado al Sacerdocio eterno de Jesucristo ¹, el Hombre-Pontífice, ministro é imagen del Pontífice-Dios, realiza exteriormente la verdad y el amor infinito, por la produccion del Verbo Encarnado sobre los altares; produccion prodigiosa, que nos hace participantes de la Omnipotencia divina, y que la Iglesia en su lenguaje tan asombrosamente profundo expresa por la palabra absoluta de *Accion*, porque en efecto, ninguna otra accion puede compararse con esta accion infinita que se ejerce sobre el mismo Dios.

El hombre realiza tambien la Verdad infinita por la profesion pública de la fe, y el amor infinito que el Espíritu Santo le inspira, por los actos públicos de adoracion, obediencia y anonadamiento; por el sacrificio entero de su sér, y de su razon por la fe; de su corazon, por el desapropio de los bienes temporales y percederos; de sus sentidos, por las prácticas de mortificacion que la ley manda ó aconseja. Así es como cumplé el precepto, y ama á Dios con todo su entendimiento, con todo su corazon, y con todas sus fuerzas; porque su fuerza, ó sus sentidos, no obran sino para manifestar su amor. Ahora bien, « el mayor esfuerzo del amor es dar su vida por aquel á quien se ama ¹ : » este es el último, el perfecto sacrificio, y tambien el medio necesario para llegar á una union perfecta con Dios. Y hé aqui lo que es la muerte para el cristiano, el último acto del culto que debe al Sér Supremo. Aquí tambien se nota la estrecha correspondencia del orden de la naturaleza y el sobrenatural. Pero ¿ se quiere ver á la Religion triunfar de la naturaleza misma, y subordinarse el orden de la sociedad presente al orden de la sociedad eterna? ¿ Se quiere ver una re-dencion, si me es permitido decirlo así, mas asombrosa

¹ Tu es Sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech, Ps. cix, 4. Vide et Joan, xii, 34. Ep. ad Hæbr. v, vi, vii, 17. — Pontifex factus in æternum, Ibid. vi, 20.

² Majorem hæc dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joan. xv, 13.

que la del linaje humano? contemplad á los Mártires. Dios ha muerto para salvar al hombre; y cuando es preciso ó que el hombre perezca, ó que la verdad, la caridad, en una palabra, Dios perezca en él, el hombre á su vez muere por salvar á Dios.

Espíritus débiles, que venís á estrellaros contra las piedras del altar, comprended ahora esta sentencia: *adorarás al señor tu Dios, y á él solo servirás* ¹. Los homenajes exteriores, la oracion, todos los actos del culto son inseparables de la adoracion del espíritu. El amor por necesidad se ha de manifestar exteriormente; y en vano es que sacudiendo el yugo de Dios, y rompiendo los vínculos de su sociedad, os atrevaís á decir: *non serviam!* A pesar vuestro será preciso servir: *servireis á vuestros deseos y pasiones* ²; hareis de ellas otros tantos Dioses ³; porque todo lo que anteponemos á Dios, es Dios para nosotros: les tributareis el culto que negais al Todopoderoso. Os adorareis á vosotros mismos en vuestra altanera razon, y en vuestro orgullo insensato, *in omni colle sublimi*; os postrareis delante de vuestros vicios; erigireis en templos las oscuras guaridas de la prostitucion, *sub omni ligno frondoso, tu prosternebaris meretrix* ⁴: servireis vilmente, como un pueblo envilecido sirve al tirano que casualmente lo domina, hasta que inopinadamente arrebatados por el torrente impetuoso de la justicia ⁵, vayais tambien y para siempre, léjos de la fuente eterna del amor y del sumo bien, á servir, sin esperanza, en las regiones desoladas del odio, y en el imperio del sumo mal.

Del precepto de amar al prójimo como á sí mismo por Dios, dimanán todas las leyes de la moral y de la sociedad. Este solo precepto pone orden en las familias, en el Estado, y entre los pueblos; porque los pueblos tienen

¹ Dominum tuum adorabis, et illi soli servies. Luc. iv, 8.

² Servientes desideris et voluptatibus variis. Ep. ad Titum. iii, 3.

³ Quorum Deus venter est. Ep. ad Philip. iii, 12.

⁴ A sæculo confregisti jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: non serviam. In omni enim colle sublimi, et sub omni ligno frondoso, tu prosternebaris meretrix. Jerem. ii, 20.

⁵ Et revelabitur quasi aqua judicium, et justitia quasi torrens fortis. Amos, v, 24.